

El que escribió, ó Sosio, el elogio de Alcibiades, vencedor en Olimpia corriendo con caballos, fuese Eurípides; como generalmente se cree, ó fuese cualquiera otro, dice que al hombre para ser feliz le ha de caer en suerte haber nacido en una ciudad ilustre; pero yo creo que para la verdadera felicidad, que principalmente consiste en las costumbres y en el propósito del ánimo, nada da ni quita haber nacido en una patria obscura é ignorada, ó de una madre fea y pequeña. Porque sería cosa ridícula que hubiera quien pensase que Julida, parte muy pequeña de una Isla no grande como la de Ceo, y que Egina, de la que dijo un Ateniese que debía quitarse como una legaña del Pireo, habían de haber llevado excelentes actores y poetas; y no habían de poder producir un hombre justo que se bastase á sí mismo, que tuviera juicio y fuera de un ánimo elevado. Porque lo natural es que las otras artes, que se alimentan con el trabajo y la fama, se marchiten en pueblos humildes y oscuros, y que la virtud, como planta fuerte y robusta, arraigue en todo terreno, si prende en una buena índole y un ánimo inclinado al trabajo; de donde se sigue que si nosotros dejamos de pensar y conducirnos como corresponde, esto deberá justamente atribuirse, no á la pequeñez de la patria, sino á nosotros mismos.

Y al que se ha propuesto tejer una relación ó historia, no de hechos comunes y familiares, sino peregrinos, y recogidos en gran parte de una lectura varia, en realidad le conviene ante todas cosas una ciudad de fama, de esquisito gusto y muy poblada, para tener copia de toda suerte de libros, y poder instruirse y preguntar sobre aquellas cosas que habiéndose ocultado á la diligencia de los escritores, adquieran mas fe conservadas en la memoria y la

tradición, para no dar una obra que salga falta de muchas noticias, y menos de las necesarias. Mas yo que habito una ciudad corta, en la que tengo formado empeño de permanecer para que no se haga mas pequeña; y que mientras estuve en Roma y discurrí por la Italia no tuve tiempo para egercitarme en la lengua latina, por los negocios políticos y por la concurrencia de los que venian á tratar conmigo de filosofía, tarde ya y siendo muy adelantado en edad, me acerqué á tomar conocimiento de las letras Romanas; en lo que me ha sucedido una cosa extraña, pero muy cierta: y es que no tanto he aprendido y conocido las cosas por las palabras, cuanto tomado conocimiento de las cosas; ellas me han conducido á saber las palabras. Y lo que es llegar á percibir la belleza y velocidad de la pronunciacion latina, las metáforas de los nombres, la armonía y todo lo demas con lo que se engalana el discurso, tengo por útil y agradable; pero el estudio y egerciciacion en este trabajo, como empresa difícil, solo es para los que tienen ocio y tiempo que dedicar á tales primores.

Por esta razon escribiendo en este libro de las vidas paralelas, que ya es el quinto, las de Demóstenes y Ciceron, de sus hechos y del modo de conducirse en el gobierno, procuraremos colegir cuál era el caracter y disposicion de cada uno, omitiendo el hacer cotejo de sus discursos, y manifestar cuál de los dos era mas dulce, ó mas primoroso en el decir: porque esto sería, como dijo Yon, la fuerza del delfin en tierra. Por ignorar esta máxima Cecilio, excesivo en todo, se metió sin reflexion á formar juicio entre Ciceron y Demóstenes; pero si á todos les fuera dado tener á la mano el *conócete á tí mismo*, no hubiera sido esta tenida por una advertencia divina. Parece pues haber sido un mismo genio el que formó á Demóstenes y Ciceron, y acu-

muló en su naturaleza muchas semejanzas: como la ambicion, el amor de la libertad cuando tomaron parte en el gobierno, y la cobardía para los peligros y la guerra; con lo que mezcló tambien muchas cosas de las que son de fortuna: porque no creo que podrán encontrarse otros dos oradores que de oscuros y pequeños hubiesen llegado á ser grandes y poderosos; que hubiesen resistido á reyes y tiranos; que hubiesen perdido sus hijas; que hubiesen sido arrojados de su patria, y restituidos despues con honor; que huyendo despues hubieran sido alcanzados por los enemigos; y que en el mismo punto de espirar la libertad de sus conciudadanos hubiesen ellos perdido la vida; como que si á manera del de los artistas pudiera haber certamen entre la naturaleza y la fortuna, seria muy difícil discernir si aquella los habia hecho mas semejantes en las costumbres, ó esta en los sucesos. Diremos pues primero del que precedió en tiempo.

Demóstenes, el padre de este otro Demóstenes, era uno de los buenos y honrados ciudadanos, segun dice Teopompo. Llamábanle por sobrenombre el Espadero, á causa de tener un gran obrador, y muchos esclavos inteligentes que trabajaban en este oficio. Lo que el orador Esquines dijo acerca de su madre dándola por hija de un tal Filon, que por causa de traicion habia huido de la ciudad, y de una muger peregrina y bárbara, no podemos decir si fue cierto, ó si lo fingió ó inventó para desacreditarle. Muerto el padre, quedó Demóstenes á la edad de siete años con un buen patrimonio, pues montaria el valor de toda su hacienda á poco menos de quince talentos; pero sus tutores le perjudicaron notablemente, apropiándose unas cosas y descuidando otras, en términos de no haber con que pagar el salario á sus maestros. Por esta causa parece que concibió de instruccion en aquellas disciplinas que con-

vienen á un joven ingenuo, y tambien por su delicadeza y mala constitucion fisica; por lo cual ni la madre le aplicaba al trabajo, ni le precisaban á él sus preceptores: habiendo sido desde el principio flaco y enfermizo; y de aqui dicen que le vino tambien el injurioso apodo de Bátalo, que le impusieron los muchachos, burlándose de su persona. Era Bátalo, segun dicen unos, un flautista desacreditado por afeminacion, contra el que hizo con este motivo una especie de entremes el cómico Antífanes; pero otros hacen memoria de un poeta Bátalo que escribió canciones lúbricas y báquicas. Parece tambien que en aquella época se daba en Atenas el nombre de Bátalo á una de las partes inhonestas del cuerpo, que no es decente nombrar. El apodo de Argas, pues se dice haber sido tambien este uno de sus sobrenombres, parece que se le puso ó por sus costumbres ásperas y desabridas, porque algunos poetas llaman Argas á la culebra, ó por su modo de decir, que ofendia á los oidos: porque Argas era tambien el nombre de un poeta, autor de malos y desagradables versos. Mas de estas cosas dese aqui punto, como dice Platon.

El haberse dedicado á la elocuencia se dice que tuvo este origen. Habia de hablar el orador Calistrato en el tribunal en el juicio que se seguia sobre la ciudad de Oropo, y era grande la espectacion en que todos estaban, ya á causa de la facundia del orador, que era el que entonces tenia mayor opinion, y ya tambien por el negocio mismo, que se habia hecho muy célebre. Oyendo pues Demóstenes que varios maestros y preceptores tenian concertado entre sí asistir á este juicio, rogó á su preceptor y alcanzó de él que le llevase á oirlo. Tenia este amistad con los porteros públicos del tribunal, y por medio de estos le proporcionó un sitio, en el que sentado pudiera oír cómodamente los discursos. Estuvo aquel

dia muy feliz Calistrato, y fue sumamente admirado; con lo que excitó en Demóstenes el deseo de gloria, viendo que eran muchos los que le acompañaban y le daban enhorabuenas; pero en el discurso lo que mas admiró fue una fuerza propia para allanarlo y vencerlo todo. Dando por tanto de mano á todas las demas enseñanzas y ocupaciones juveniles, él mismo se egercitaba por sí y trabajaba con empeño á fin de ser él tambien uno de los oradores. Aun tuvo con todo por maestro de elocuencia á Iseo; sin embargo de que entonces Isócrates tenia escuela; ó porque, como dicen algunos, no pudiese pagar á Isócrates el salario prefijado, que era de diez minas, á causa de su orfandad; ó lo que es mas probable, porque prefiriese para su intento la elocucion de Iseo, como mas propia para la accion, y mas acomodada á las tretas del foro. Mas Hermipo escribe haberse encontrado unos comentarios anónimos, en los que se decia que Demóstenes asistió á la escuela de Platon, lo que le fue utilísimo para la elocuencia, y cita ademas á Ctesibio, quien habia dicho que habiendo adquirido Demóstenes, por medio de Calias Siracusano y algunos otros, las lecciones de retórica de Isócrates y Alcidadante, las encomendó á la memoria.

Llegado á la mayor edad, empezó á litigar con sus tutores, y á escribir alegatos contra ellos, porque encontraban continuamente tergiversaciones y medios dilatorios: asi á fuerza de egercitarse, segun Tucídides, sus cuidados terminaron felizmente, aunque no sin peligros ni trabajo; cy sin embargo no pudo arrancar á los tutores mas que una parte muy pequeña de los bienes paternos. Mas ya que esto no, adquiriendo resolucion y el conveniente hábito de hablar en público, y tomando gusto á las alabanzas que por estas contiendas se reciben, y al influjo que proporcionan, se decidió á salir á la palestra, y fo-

mar parte en los negocios públicos; y á la manera que de Laomedonte de Orcomene se dice que para curarse de una enfermedad del bazo dió en andar mucho de orden de los médicos, y que con este penoso egercicio adquirió tal robustez que concurrió á los certámenes gimnásticos, y fue uno de los que mas se distinguieron en la carrera: del mismo modo le sucedió á Demóstenes, que habiendo tenido que dedicarse á perorar en público para el recobro de su patrimonio, con esto adquirió soltura y facilidad para sobresalir ya como los coronados en el circo, entre los ciudadanos que contendian en la tribuna. Y al principio sufrió sus silbos, y que se riesen de la novedad que advertian en su estilo, que parecia confuso en los períodos, y recargado excesivamente en las pruebas. Notábase ademas cierta falta de voz, torpeza en la lengua, é interrupcion en la respiracion; la que turbaba el sentido de lo que se decia, por no cortarse bien los períodos. Finalmente, habiéndose retirado del foro por este desagradable ensayo, se andaba paseando por el Pireo, decaído ya de ánimo, cuando encontrándole Euno-mo de Triusta, que ya era muy anciano, le reprendió, de que teniendo un modo de decir muy semejante al de Pericles, se abandonase de aquella manera por cobardía y desidia, no sabiendo sostenerse con serenidad á vista de la muchedumbre, ni dando á su cuerpo el aire conveniente para aquella especie de contiendas, y antes dejando que todo se entorpeciera en el ocio.

En otra ocasion, en que no dió gusto, se dice que retirándose apesadumbrado y con la cabeza cubierta, le fue siguiendo oportunamente el actor Sátiro, y entró con él en su casa. Quejósele amargamente Demóstenes de que con ser el que mas trabajaba de los oradores, y con haber casi arruinado en este egercicio su constitucion, veia que no daba gusto al pue-

blo; y hombres desarreglados, unos marineros ignorantes eran escuchados, y de él no se hacia caso; á lo que le contestó Sátiro: tienes razon, ó Demóstenes; pero yo remediaré facilmente la causa, si quieres recitar de memoria alguna escena de Eurípides ó Sófocles. Hizolo así Demóstenes, y repitiendo Sátiro la misma escena, de tal manera la adornó, pronunciándola con la accion y postura conveniente del cuerpo, que á Demóstenes le pareció ya enteramente otra. Viendo entonces cuánta es la gracia y belleza que la accion concilia á lo que se dice, se convenció de que el esmero en la composicion es nada para quien se descuida de la pronunciacion y accion conveniente. En consecuencia de esto hizo construir un estudio subterráneo, que aun se conserva; y bajando á él se egercitaba en formar y variar, tanto la accion como el tono de la voz; y muchas veces pasó allí dos y tres meses continuos, no afeitándose mas que un solo lado de la cabeza para no poder salir aunque quisiera, detenido de la vergüenza.

No solo esto, sino que de las saluciones, de las conversaciones y de los negocios que le ocurrían fuera, tomaba ocasion y argumento para aquella clase de egercicio. Así luego que habian pasado, bajaba á su estudio y exponía los hechos, y en seguida las defensas que podian tener. Además de esto, si habia oido un discurso, procuraba retenerlo; ponía por orden los pensamientos y los períodos, y se entretenía en corregir y variar de mil maneras, así lo que otros le habian dicho, como lo que él mismo habia dicho á otros. De donde nació la opinion de que no era naturalmente facundo, sino que su habilidad y su fuerza se debían al trabajo; de lo cual parece que es tambien una convincente prueba el no haber oido nunca nadie á Demóstenes hablar extemporaneamente; y antes sucedió que estando sentado en las juntas, y siendo llamado del pueblo muchas ve-

ces por su nombre, no se presentó nunca, si de antemano no estaba dispuesto y prevenido para hablar. Zaheríanle sobre esto muchos otros demagogos; y Piteas, satirizándole, le dijo: que las pruebas de sus discursos oían mucho á la lámpara; mas á este le volvió Demóstenes la burla con acrimonia, diciéndole: pues á fe que la lámpara no sabe de mí y de tí las mismas cosas. Con los demás no lo negaba; sino que reconocía francamente que no siempre decia lo que habia escrito; pero sin escribir no hablaba nunca; porque decia que el estudiar para hablar en público acreditaba al hombre de popular; siendo esta preparación un principio de obsequio al pueblo; y que el no pensar cómo sentaría á la muchedumbre lo que se dijese, era de hombres oligárquicos, que más atendían á la fuerza que á la persuasion. Dan tambien por prueba de su cobardía para hablar de repente que Demades, viéndole turbado y aturrido muchas veces, se levantó y tomó la palabra para defender la misma causa; y él nunca hizo otro tanto con Demades.

¿Pues cómo es, dirá alguno, que Esquines le tiene por admirable precisamente por su soltura en el decir? ¿Cómo es que á Piton de Bizancio, que se habia puesto á hablar con arrojo y con un torrente de palabras contra los Atenienses, se levantó él solo y le contradijo? ¿Cómo es que habiendo Lamaco Mirrenéo escrito el elogio de los reyes Alejandro y Filipo, en el que decia mil cosas en descrédito de los Tebanos y Olintios, cuando lo estaba leyendo en los juegos olímpicos se levantó tambien, y expresando con relacion de los hechos y con pruebas positivas los muchos bienes que los Tebanos y Calcidenses habian hecho á la Grecia, y por la inversa de cuántos males habian sido causa los aduladores de los Macedonios, mudó de tal modo los ánimos de los oyentes, que temiendo aquel sofista por el albo-

roto que se habia movido, tuvo que huir del concurso? Lo que parece es que creyó no convenirle algunas de las calidades de Pericles; pero su coordinacion del discurso, su accion y el no hablar de repente sobre todo asunto sin preparacion, como que estas eran las que le habian engrandecido, las imitó y copió en cuanto pudo, sin dejar por eso de aspirar á la gloria de hablar extemporaneamente si lo pedia un grave caso; ni tampoco poner muchas veces su talento y habilidad en manos de la fortuna. Porque en las oraciones que pronunció, usó sin duda de mas osadía y desenfado que en las escritas, si hemos de creer á Eratostenes, á Demetrio Falereo y á los cómicos, de los cuales Eratostenes dice que muchas veces en las oraciones se ponía como fuera de sí; y Falereo, que pronunció poseido de entusiasmo aquel juramento en metro, que dice:

Por la tierra, las fuentes, rios, mares.

De los cómicos uno le llama *ropoperpentra*, ó vaniloquo; y otro, motejándole de que usaba de antítesis, dice: del mismo modo la recobró que la cobró, porque fue muy del gusto de Demóstenes este modo de decir; á no que Antífanés hubiese querido aludir á la oracion sobre la isla de Haloneso, acerca de la que aconsejaba á los Atenienses, no que la cobraran, sino que la recobrarán de Filipo.

En cuanto á Demades todos convienen en que entregado á su genio, era invencible, y que hablando de pronto, confundía todo el cuidado y preveniciones de Demóstenes; y Ariston de Quio refiere el juicio de Teofrasto acerca de los oradores: porque preguntado ¿qué le parecia Demóstenes? respondió: digno de la ciudad; ¿y qué tal Demades? sobre la ciudad. El mismo filósofo refiere que Polieucto de Esfecia, uno de los que por entonces tenían parte en el gobierno de Atenas, le habia manifestado que Demóstenes era perfectísimo orador; pero que la elo-

cuencia de Focion tenia mas nervio: porque en pocas palabras encerraba gran sentido; y del mismo Demóstenes se cuenta que cuantas veces se levantaba Focion para contradecirle, vuelto á sus amigos solia decir: ya está ahí el hacha de mis discursos. Esto no se sabe si Demóstenes lo aplicaba á la elocuencia de aquel hombre ilustre, ó á su conducta y opinion; por estar persuadido de que una sola palabra, una seña de un hombre de probidad, tiene mas fuerza que muchas y muy prolijas frases.

Para remediar los defectos corporales, empleó estos medios, segun refiere Demetrio Falereo, que dice haber alcanzado á oír á Demóstenes, cuando ya era anciano, que la torpeza y balbucencia de la lengua la venció y corrigió llevando guijas en la boca, y pronunciando periodos al mismo tiempo; que en el campo ejercitaba la voz corriendo y subiendo á sitios elevados, hablando y pronunciando al mismo tiempo algun trozo de prosa, ó algunos versos con aliento cansado; y finalmente que tenia en casa un grande espejo, y que puesto enfrente, recitaba, viéndose en él, sus discursos. Refiérese que se le presentó un ciudadano pidiéndole su patrocinio, y refiriéndole que le habian dado de golpes; y Demóstenes le replicó: me parece que no hay tal cosa, que no has sufrido nada de lo que dices; y que levantando aquel la voz, y diciendo á gritos ¿con que yo nada he sufrido, Demóstenes? le contestó entonces; si á fe mía, ahora oigo la voz de un hombre que ha sido agraviado y ofendido: ¿de tanto influjo le parecia, para conciliarse crédito, el tono y el gesto del que hablaba! Su accion era muy agradable á la muchedumbre; pero los inteligentes, y entre ellos Demetrio Falereo, la tenían por afeminada y poco decorosa; y Hermipo dice que preguntado Aision por los oradores antiguos y los de su tiempo, respondió, que oyéndolos cualquiera admiraria en aquellos la decencia y en-

tereza con que hablaban al pueblo; pero que las oraciones de Demóstenes leídas se aventajaban mucho en primor y en energía. Ciertamente que de las oraciones suyas que nos han quedado escritas no habrá quien niegue que tienen mucho de amargo y de picante; y en las ocurrencias repentinas solía también emplear el chiste: porque diciéndole una vez Demades ¿á mí Demóstenes? esto es la puerca á Minerva: pues esa Minerva, le respondió, hace poco que en Coluto fue cogida en mal caso. A un ladrón, llamado Ferreo, que quiso morderle por sus trabajos y veladas nocturnas: ya sé, le dijo, que te incomoda con tener luz de noche; y vosotros, ó Atenienses, no os admireis de que haya hurtos cuando los ladrones son de yerro y las paredes de barro. Mas acerca de estas cosas, aunque tenemos mas que decir, dejémoslo en tal punto: porque es justo que examinemos ya sobre sus hechos y sobre su conducta en el gobierno, cuál fue su caracter y cuáles sus costumbres.

Sus primeros pasos en los negocios públicos los dió durante la guerra de Focea, como lo dice él mismo, y se puede colegir de sus oraciones filípicas: pues aunque algunas son posteriores á los sucesos de esta guerra, las mas antiguas tocaron en ellos. Lo cierto es que la oracion relativa á la acusacion de Midias la ordenó y dispuso cuando tenía treinta y dos años; y no gozando todavía ni de poder ni de opinion en el gobierno; y por lo mismo, temeroso del éxito, á lo que yo entiendo, transigió por dinero en aquella persecucion:

Porque no era de ánimo benigno,

Ni de condicion blanda y mesurada;

sino ardiente y violento en sus venganzas; pero viendo que no era empresa ligera y facil oprimir á un hombre atrincharado con riqueza y con amigos, cedió á los que por él intercedieron: pues las tres mil dracmas por sí mismas no me parece que hubieran

sido suficientes á embotar la cólera de Demóstenes, si hubiera tenido esperanza de quedar superior. Mas tomando para las cosas de gobierno la ocasion mas bella que podía ofrecerse, como era la de defender la causa de los Griegos contra Filipo, y contendiendo en ella dignamente, al punto adquirió fama, y se hizo espectable por sus oraciones y su noble libertad; hasta el punto de ser admirado en la Grecia, obsequiado por el gran Rey, y tenido en consideracion por Filipo sobre todos los demas que hablaban al pueblo: reconociendo hasta sus contrarios, que tenían que lidiar con un hombre de grande opinion, como acusándole lo expresaron Esquines é Hiperides.

No alcanzo por tanto á comprender cómo pudo decir Teopompo que era naturalmente inconstante; y que ni en cuanto á los negocios ni en cuanto á las personas podía permanecer largo tiempo en un mismo propósito: porque antes parece que aquel partido y aquel empeño que desde el principio tomó y adoptó en el gobierno, aquel mismo conservó hasta el fin, no solo sin hacer mudanza en él en toda su vida, sino aun exponiendo la vida por no mudar. Pues no fue como Demades, que para escusarse de su mudanza en punto á gobierno usó de la espresion de que para sí mismo bien habia dicho muchas veces cosas contrarias; pero para la república nunca; ó como Melanipo, que estando en oposicion con Calistrato, ganado por este muchas veces con dinero para que mudase, solía decir al pueblo: Calistrato bien es mi enemigo; pero triunfe la utilidad de la república; ó como Nicodemo de Mesena, que al principio se puso de parte de Casandro, y trabajando despues en favor de Demetrio, expresó que no decia cosas contrarias, puesto que siempre era conveniente ceder á los que mas pueden. Mas de Demóstenes no podemos hablar de esta manera; sino que en el partido á que aplicó su voz ó su accion, como si para el go-

bierno se le hubiera dado una clave fija, en aquel se mantuvo, guardando siempre en los negocios un solo tono; y el filósofo Panecio dice que segun estan escritas las mas de sus oraciones, para él lo honesto es á todo preferible por sí mismo: como la de la corona, la contra Aristócrates, la de las inmunidades y las filípicas; en todas las cuales no inclina á los ciudadanos á lo deleitable, ó á lo facil, ó á lo útil; sino que muchas veces persuade que deben pónerse la seguridad y la salud en segundo lugar despues de lo honesto y de lo honroso: de manera que si en los asuntos que trató, al amor de la gloria y á la nobleza de los pensamientos se hubieran unido el valor militar, y el haberse en todo limpiamente, habria sido digno de que en el número de oradores se le colocara, no al lado de Mirocles, Polieucto é Hiperides, sino mas arriba con Cimon, Tucidides y Pericles.

De los de su tiempo Focion, aunque no era del partido que se llevaba los aplausos, y antes parecia que *macedonizaba*, sin embargo por su valor y su justificacion no fue reputado inferior á Efilto, á Aristides y á Cimon. Mas Demóstenes, no siendo de fiar en las armas como dice Demetrio, ni bastante seguro en punto á recibir, pues aunque no se dejó cautivar con el oro de Filipo, y de Macedonia, con el de Susa y Ecbatana, se dejó domeñar y rendir; si pudo celebrar dignamente las virtudes de los hombres grandes que le precedieron, no le fue dado imitarlas; mas con todo á los oradores de su tiempo, si sacamos á Focion de esta cuenta, aun en la conducta les hizo ventaja. Parece que fue asimismo el que habló al pueblo con mas libertad, resistiendo á sus deseos, é increpando sus desaciertos, como de sus mismas oraciones se deduce; y Teopompo refiere que encargándole un dia los Ateníenses una acusacion, y alborotándose contra él porque no la admitia, se levantó y les dijo: por consejero, ó Ateníenses, me

tendréis aunque no queráis; pero por calumniador, no, aunque os empeñeis en ello. No dejó de ser bien aristocrático lo que ejecutó con Antifon, que habiendo sido absuelto por la junta pública, le echó mano y lo llevó ante el consejo del Areopago, y no dándosele nada de desagradar al pueblo, convenció á aquel de que habia prometido á Filipo incendiar los arsenales; y el Areopago hizo que fuera condenado á muerte. Acusó igualmente á la sacerdotisa Teoris, entre otros crímenes, de que enseñaba á los esclavos los modos de engañar, y habiendo pedido la pena capital, se le impuso.

Dícese que la oracion contra el General Timoteo, que sirvió á Apolodoro para hacer que aquel fuera condenado como deudor á la república, fue escrita para este por Demóstenes, del mismo modo que las oraciones contra Formion y Estéfano; lo que le fue justamente censurado: porque tambien Formion contendió contra Apolodoro con una oracion de Demóstenes; lo que es como si en una tienda de espadero se vendieran puñales á los dos contrarios. De las oraciones sobre negocios públicos las que son contra Androcion, Timócrates y Aristócrates, las escribió para otros, no habiéndose acercado todavía al gobierno: porque se conjetura que seria de veinte y ocho ó veinte y siete años cuando las compuso. La oracion contra Aristogiton la pronunció él mismo, y tambien la de las inmunidades por el hijo de Cabrias Ctesipo, como lo dice él mismo; á lo que algunos añaden que fue con el objeto de enlazarse en matrimonio con la madre de aquel joven; y sin embargo no se casó con ella, sino con una muger de Samos, segun dice Demetrio Magnesio en su tratado de los sinónimos. La de la falsa legacion contra Esquines no se sabe si se pronunció; y eso que Idomeneo asegura que Esquines fue absuelto por solos treinta votos mas; pero parece que esto no es verdad, si hemos de tomar ar-

gumento de las oraciones de uno y otro sobre la corona: porque ninguno de los dos habla clara y abiertamente de aquel juicio, como que se hubiese llevado hasta sentencia; mas esto otros podrán decirlo mejor.

La idea de Demóstenes en el gobierno era bien manifiesta; pues que aun durante la paz nada dejaba por reprender de lo que ejecutaba el Macedonio; sino que á cada cosa alborotaba á los Atenienses, inflamándolos contra él. Por lo mismo era persona de quien se hablaba mucho en la corte de Filipo; y cuando fue á Macedonia de embajador, aunque en décimo lugar, si bien Filipo escuchó á todos, á su discurso respondió con particular cuidado; mas sin embargo en los demas honores y obsequios ya no se portó del mismo modo con Demóstenes, sino que agasajó con mayor esmero á Esquines y Filócrates; de resulta de lo cual, alabando estos á Filipo de elocuente en el decir, de gallardo en su presencia y tambien de buen bebedor, no pudo contenerse, é irritado les volvió las palabras al cuerpo, diciendo que lo primero era de un sofista, lo segundo de una muger, lo tercero de una esponja, y que en todo ello nada habia que fuera propio del elogio de un Rey.

Luego que todo propendió á la guerra, por no poder Filipo tener reposo, y por haber sido los Atenienses incitados de Demóstenes, lo primero que este hizo fue moverlos á invadir la Eubea, esclavizada por los tiranos á Filipo; y pasando efectivamente á la isla en virtud de decreto que él escribió, arrojaron á los Macedonios. En segundo lugar dió auxilio á los Bizantinos y Perintios, á quienes el Macedonio hacia la guerra, persuadiendo al pueblo que dejando á un lado la enemistad y el acordarse de las ofensas de unos y otros durante la guerra social, les enviara tropas; con las que se salvaron. Pasando despues de embajador, habló á todos los Griegos, y fuera de

unos pocos, los acaloró y levantó contra Filipo: de manera que llegaron á juntarse quince mil infantes y dos mil caballos, ademas de la gente de las ciudades; y se recogió copiosamente caudal y sueldos para los estipendiarios. En esta ocasion dice Teofrasto haber pedido los aliados que se fijaran los tributos, y haber respondido el demagogo Crobilo que la guerra no se mantiene con lo tasado. Puesta en espectacion la Grecia para lo futuro, y formando liga por naciones y ciudades, los Eubeos, Aqueos, Corintios, Megarenses, Leucadios y Corcirenses, le quedó á Demóstenes el mayor empeño, que fue el de atraer á la alianza á los Tebanos, habitantes de un pais confinante con el Atica, fuertes con tropas ejercitadas, y los mas acreditados entonces por las armas entre todos los Griegos; y no era facil atraer á una mudanza á los Tebanos, ganados por Filipo con beneficios muy recientes durante la guerra de Focea; mayormente cuando las rencillas de las ciudades se encrespaban diariamente de una y otra parte con frecuentes encuentros á causa de la vecindad.

Con todo, cuando engreido Filipo con las ventajas conseguidas en Anfisa, cayó repentinamente sobre Elatea é invadió la Focide, sobrecogidos los Atenienses, y no atreviéndose nadie á subir á la tribuna, ni sabiendo qué pensamiento útil podrian proponer en medio de tanta incertidumbre y silencio, presentóse solo Demóstenes, aconsejando que se ganara á los Tebanos; y alentando é incitando al pueblo con esperanzas, como lo tenia de costumbre, fue con otro enviado de embajador á Tebas. Envió tambien Filipo para contrarrestar á estos, como dice Marsias, á Aminatas y Clearco Macedonios, á Daoco Tesaliano y á Trasideo de Elea. Qué era lo que convenia, no dejó de entrar en los cálculos de los Tebanos; y antes cada uno tenia bien á la vista los horrores de la guerra, estando todavia frescas las heridas de la de Focea;